

He sentido a menudo un impulso del amor para dejar por escrito algunas breves indicaciones sobre mi experiencia de la bondad de Dios. Ahora, a los treinta y seis años de edad, comienzo esta obra.

Nací en Northampton, en el condado de Burlington, en Jersey Occidental, en el año del Señor 1720, y antes de los siete años empecé a conocer la influencia del amor divino, y frecuentemente sentía en mí el peso de cómo poder complacerlo. En cuanto tuve capacidad, gracias al cuidado de mis padres aprendí a leer. Un séptimo día<sup>1</sup> cuando regresaba de la escuela y mis compañeros iban jugando por el camino, recuerdo que me adelanté hasta perderme de vista, y sentándome leí el capítulo veintidós del Libro del Apocalipsis: “Me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal que salía del trono de Dios y del Cordero” etc. Al leerlo mi mente fue guiada a buscar y anhelar esa morada pura, que entonces yo creí que Dios había preparado para quienes le sirven. El lugar donde me senté y la dulzura que llenó mi mente se conservan frescas en mi memoria.

Ésta y otras visitaciones de gracia, tuvieron un efecto tal sobre mí que me molestaba cuando los muchachos usaban lenguaje grosero, y la continua misericordia de Dios me preservó de su uso. Considero las enseñanzas piadosas de mis padres una gran bendición. A menudo el cuidado que de mí tenían se mantenía fresco y me sirvió de mucho cuando me encontraba en medio de niños malos.

---

<sup>1</sup> Sábado: En el lenguaje sencillo de los cuáqueros los días de la semana se numeran en lugar de usar los nombres comunes de origen pre-cristiano.